

Madre Trinidad de la Santa Madre Iglesia

Fundadora de La Obra de la Iglesia

23-6-2001

Extracto del libro:

**"Luz en la noche.
El misterio de la fe dado en sabiduría amorosa"**

Nil obstat: Julio Sagredo Viña, *Censor*
Imprimase: Joaquín Iniesta Calvo-Zataráin
Vicario General
Madrid, 2-2-2005

2ª EDICIÓN

© 2008 LA OBRA DE LA IGLESIA

LA OBRA DE LA IGLESIA

MADRID - 28006 ROMA - 00149
C/. Velázquez, 88 Via Vigna due Torri, 90
Tel. 91.435.41.45 Tel. 06.551.46.44

E-mail: informa@laobradelaiglesia.org
www.laobradelaiglesia.org
www.clerus.org *Santa Sede: Congregación para el Clero*
(Librería-Espiritualidad)

ISBN: 978-84-612-4191-0
Depósito Legal: M. 20.665-2008
Imprime: Fareso, S.A.
Paseo de la Dirección, 5. 28039 Madrid

**EL QUE DIOS
SEA MISERICORDIA INFINITA
EN DONACIÓN ETERNA DE AMOR,
NO PUEDE IR EN CONTRA
DE SU JUSTICIA
POR EXIGENCIA DE SU COETERNA
Y SUBSISTENTE SANTIDAD**

Dios, rompiendo en misericordia por Cristo al hombre, tiene que ser respondido por éste en justicia, ante la donación del Verbo Infinito Encarnado; cosa que el Señor también me hizo entender, penetrada de su sabiduría divina, abrasada en su fuego y bajo el impulso de su fuerza, el día 3 de abril de 1959:

El que Dios sea misericordia infinita en donación eterna de amor, no puede ir en contra de su justicia, que exige respuesta de retorción de la criatura al Creador según corresponde al don recibido; puesto que, a mayor donación, más grande respuesta.

«A quien mucho se le da, mucho se le reclamará, y a quien mucho se le ha entregado, mucho se le pedirá»¹.

¹ Lc 12, 48.

¡Cómo veía este día que la exuberancia plé-
tórica de sus atributos insondables, en infinitud
infinita de infinitudes de perfecciones y atribu-
tos, por la perfección del mismo ser de Dios,
era como un concierto en el acoplamiento me-
lódico de la realidad, infinitamente suda y abar-
cadora, de su Divinidad...!

Comprendiendo hoy y penetrando que algo
parecido sucede con los diversos dones y ca-
rismas que Dios reparte a los fieles; que si son
de Dios, no pueden oponerse unos a otros, sino
que se compenetran y ayudan recíprocamente
para la consecución de un mismo fin, bajo la
acción de un mismo Espíritu, un mismo Señor
y un único Dios.

Viniéndome al pensamiento las palabras del
Apóstol San Pablo sobre los diversos dones y
carismas que Dios da a su Iglesia para la con-
solidación y expansión de toda ella:

«A cada uno de nosotros ha sido dada la
gracia en la medida del don de Cristo... Y Él
constituyó a unos apóstoles, a otros, profetas,
a éstos, evangelistas, a aquéllos, pastores y
doctores, para la perfección consumada de los
santos, para la obra del ministerio, para la edi-
ficación del cuerpo de Cristo...; llegándonos a
Aquél que es nuestra cabeza, Cristo, por quien
todo el cuerpo, trabado y unido por todos los
ligamentos que lo unen y nutren según la ope-
ración de cada miembro, va obrando su cre-

cimiento en orden a su construcción en la ca-
ridad»².

«Hay diversidad de dones, pero uno mismo
es el Espíritu. Hay diversidad de ministerios, pe-
ro uno mismo es el Señor. Hay diversidad de
operaciones, pero uno mismo es Dios, que obra
todas las cosas en todos. Y a cada uno se le
otorga la manifestación del Espíritu para común
utilidad... Todas estas cosas las obra el único y
mismo Espíritu, que distribuye a cada uno se-
gún quiere.

Porque así como, siendo el cuerpo uno, tie-
ne muchos miembros, y todos los miembros del
cuerpo, con ser muchos, son un cuerpo único,
así es también Cristo...

De esta suerte, si padece un miembro, todos
los miembros padecen con él; y si un miembro
es honrado, todos los otros a una se gozan. Pues
vosotros sois el cuerpo de Cristo y cada uno es
un miembro»³.

«¡Que no se confundan...! –exclamaba enton-
ces–. Sobreabunda la misericordia para quien
quiera aprovecharse de la Sangre redentora de
Cristo, la Misericordia Encarnada; sobreabunda
al pecado la misericordia y el amor, para aque-
llos que quieran aprovecharse de la sobrea-
bundancia de la misericordia infinita en derra-
mamiento amoroso de los torrenciales afluentes
divinos de los eternos Manantiales».

² Ef 4, 7. 11-12. 15b-16.

³ 1 Cor 12, 4-7. 11-12. 26-27.

¡Qué dolor! ante la confusión, llena de insensatez, de los que piensan, por falta de conocimiento de la excelencia subsistente de Dios, que, por haber sido redimidos por Cristo, ya podemos oponernos a la Santidad infinita, que, por justicia, exige respuesta de la criatura; no ya sólo como Creador, sino ¡también como Redentor que muere, lleno de amor misericordioso, para redimir al hombre con su Sangre santísima...!

¿Cómo es posible que el desvarío de la mente humana, intentando acogerse a la misericordia divina, que por justicia exige la respuesta del hombre redimido, piense que, aunque se rebele contra Dios y desprecie la donación de la Redención, está salvado; y sin haber sido purificado y santificado por la Sangre del Unigénito Hijo de Dios, pueda entrar sin traje de fiesta en las Bodas del Cordero?

«Entrando el rey para ver a los que estaban a la mesa, vio allí a un hombre que no llevaba traje de boda, y le dijo: “Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin el vestido de boda?”. Él enmudeció. Entonces el rey dijo a sus ministros: “Atadle de pies y manos y arrojadle a las tinieblas exteriores; allí habrá llanto y crujir de dientes. Porque muchos son los llamados y pocos los escogidos”»⁴.

¿Cómo podrá, por justicia, el Dios Misericordioso Encarnado, siendo menospreciado,

⁴ Mt 22, 11-14.

llevar a los que se enfrentan obstinadamente a su Santidad, a participar para siempre en la Eternidad de la felicidad de la vida divina en intimidad de familia con las divinas Personas?!

¿Cómo podrá unirse a Dios el pecado del hombre con su: «no me someteré a tu voluntad ni como Creador ni como Redentor», que abusando de las donaciones del mismo Dios, se opone a todo su ser manifestándose su voluntad contra el pecado, menospreciándole y ultrajándole?! [...]

¡Y cómo podré expresar lo que es para mi alma, profundizada en los misterios de la Eterna Sabiduría, la soberanía majestuosa del que Es!; el cual imprimió en mi espíritu algo que quedó grabado en la médula de mi ser para siempre, y que ahora quiero contar, transcribiendo un fragmento del escrito del 2 de septiembre de 1997:

«Cuando aún sólo tenía unos 27 años, fuimos un grupo de chicas consagradas a veranear a un pueblecito de la sierra de Ávila [...]; desde donde íbamos algunas veces a pasar el día al Santuario de la Virgen del Espino; para, aprovechar, al mismo tiempo que estábamos en el campo, ocasiones de acompañar a Jesús Sacramentado en el sagrario. Cosa que ha sido una de las tendencias más fuertes de mi vida.

Por lo que siempre que podía, me escabullía del grupo, para entrar de vez en cuando en

la iglesia, acercarme al sagrario y acompañar a Jesús, amarle, consolarle..., procurando hacerle sonreír con mis “locuras de amor”, como yo las llamaba; que me hacían, muchas veces, bailar espiritualmente ante Él, como en mis años primeros; comprendiendo, en saboreo amoroso, lo que esto le gustaba a Jesús.

Lo cual llenaba de gozo mi alma de “niña” enamorada, ante el amor que tenía a mi Esposo divino. [...]

Y durante este día de campo tan feliz que estaba pasando, una de las veces que corría presurosa desde los portones del Santuario hacia el altar mayor, donde estaba Jesús Sacramentado, ¡oh lo que me ocurrió...!, [...] ¡tan sorprendente, y hasta entonces, para mí, desconocido!:

Cuando sólo me faltaban unos diez metros para llegar al presbiterio –donde solía postrarme de rodillas, llamaba a la puertecita del sagrario..., me gustaba meter el dedo pequeño en el agujerito de la llave como si intentara abrirlo en mis atrevimientos de juegos amorosos en requiebros llenos de ternura indescriptible e indescible con mi Jesús del sagrario, los cuales yo sabía bien que le gustaban–;

de pronto, en un momento lleno de sorpresa indescriptible, ¡¡empecé a experimentar la terribilidad terrible, majestuosa y soberana del infinito poderío de Dios lleno de magnificencia y esplendor en la altura de su inmensidad insondable, inaccesible e intocable, que me dejó

parada en seco, de pie, y sin atreverme a mirar a ninguna parte, ni a moverme, ni casi a respirar...!!

Y esto era de un modo tan profundo, sorprendente y majestuoso, que sentía que, si daba un paso más, allí mismo podía quedar muerta por la majestad excelsa, terrible y todopoderosa del Jesús que estaba en el sagrario, y que se me manifestaba en el esplendor deslumbrante y omnipotente de su gloria, como el Dios terrible de majestad soberana; al que criatura alguna no se podía acercar, sin quedar destruida en un instante, si no era invitada por el poderío de la Soberanía Infinita.

Y de tal manera era esto, [...] ¡que no me atrevía a moverme ni una chispita...!, ni siquiera para tirarme al suelo a adorar. Porque experimentaba en todo mi ser que, ante cualquier movimiento, podía quedar aniquilada por el poder majestuoso e imperioso de la excelencia, en terribilidad aplastante, del Ser Infinito, Omnipotente y Eterno.

Por mucho que diga, [...] de lo que me sucedió en este día, jamás lo podré expresar, por no tener palabras ni conceptos para que la mente humana lo pueda captar.

[...] ¡Ni siquiera me atrevía a mirar para detrás, ni echar a correr!, como tanto lo deseaba por el impulso que sentía de liberarme y escapar de aquella sorprendente situación; que al

mismo tiempo que me inundaba de temor, me hacía conocer la magnificencia poderosa y esplendorosa del Dios de la Eucaristía que, por amor al hombre, está oculto bajo las apariencias sencillas, sacrosantas y misteriosas de un pedacito de Pan.

¡Un paso más, y tal vez hubiera podido quedar aniquilada por el poderío inconmensurable del Infinito Ser!

Y, cuando me parecía que mi pobre naturaleza no podía soportar aquella majestuosa pero abrumadora situación, ya que hasta las piernas me temblaban, de pronto, empecé a experimentar de una manera pausada y suave que el Jesús de mi sagrario, dulce, tierna y acariciadoramente, me tendía la mano, invitándome a que me acercara...

Mi primer instinto, al ver que ya me podía mover, fue echar a correr y escapar por la puerta.

Pero el Dios del Sacramento me hacía comprender, lleno de ternura, amor, misericordia y compasión, que quería que me acercara a Él ¡y con la misma confianza que siempre lo había hecho!; experimentando que, con brazo extendido en paternidad amorosa sobre mi pobre alma, me pedía que fuera hacia Él; mientras que, temblorosa, iba andando quedamente y despacito, casi sin atreverme a avanzar.

Y cuando al fin me acerqué al sagrario, pues Jesús así me lo pedía, allí ¡adoraba..., amaba...

y me anonadaba...!, mientras sentía la caricia acogedora de Jesús, consolándome y, lleno de ternura, invitándome a acercarme para reclinarme en su pecho.

Pero la impresión de lo que acababa de vivir no se me podía quitar tan fácilmente, a pesar de que la ternura amorosa de Jesús hacia mí era indescriptible.

Haciéndome comprender, con cuanto había vivido, la majestad soberana que Él era en terribilidad de poderío infinito, ante el cual toda criatura tenía que estar llena de veneración, respeto, reverencia y adoración; y la bondad infinita de su misericordia, que se inclina a la criatura de tal manera que descansa en ella..., se goza..., y hasta, con los juegos amorosos de mi delirio de amor, era capaz de hacerle sonreír...

Con la cabeza inclinada delante del sagrario, aprendí aquella enseñanza que Jesús, con ternura de amor infinito, hizo a la pequeña Trinidad de la Santa Madre Iglesia; para que, aunque llena de confianza en su misericordia infinita rebosante de inéditas ternuras y amores eternos, comprendiera, distinguiendo bien, lo que Dios es en sí, por sí y para sí, y hasta dónde se abaja, inclinándose a la pequeñez del hombre.

Por lo que, desde este día, a pesar de tener tanta confianza como Jesús me da, un santo temor de Dios en respetuosa reverencia amorosa me hace entender más profundamente, en

sapiential sabiduría, cuál es la distancia que existe entre la criatura y el Creador.

Recordando el pasaje en el que Yahvé, desde la zarza ardiendo, dijo a Moisés: “No te acerques, quítate las sandalias de tus pies, porque el lugar sobre el que estás de pie es una tierra santa”⁵.

La Casa de Dios y Morada del Altísimo en la tierra ha sido consagrada para el culto, la adoración y la oración.

“Entró Jesús en el templo de Dios y arrojó de allí a cuantos vendían y compraban en él, y derribó las mesas de los cambistas y los asientos de los vendedores de palomas, diciéndoles: Escrito está: ‘Mi casa será llamada casa de oración’, pero vosotros la habéis convertido en cueva de ladrones”⁶.

Penetrando y comprendiendo con qué veneración, respeto y adoración tenemos que entrar y mantenernos en el *Sancta Sanctorum* de los templos consagrados a Dios;

entonando el himno de alabanza de “los Serafines ante el Señor sentado en su trono alto y sublime...: ¡Santo, Santo, Santo, Yahvé Sebaot! ¡Toda la tierra está llena de su gloria!”⁷».

¡Qué confusa [...] la mente del hombre...!, ¡qué ofuscada y qué tenebrosa!, por falta de conocimiento del Infinito Ser, por compararlo siempre con nosotros; llegando, en nuestra in-

⁵ Éx 3, 5.

⁶ Mt 21, 12-13.

⁷ Is 6, 1-3.

sensatez, a querernos aprovechar desordenadamente de la divina misericordia, sin hacer justicia, con nuestra respuesta amorosa a la Santidad de Dios ultrajada y ofendida por la criatura, al Supremo Creador manifestándose en voluntad.

[...] La voluntad infinita de Dios, derramándose en Santidad, exige, por justicia, en su serse justicia de perfección, respuesta del hombre, ya no sólo por haberle creado, sino por la donación del Dios Infinito Encarnado que, hecho Hombre, busca incansable la manera de glorificarse a través de su amor misericordioso;

y que, irrumpiendo en el romance más inédito que se pueda pensar, reventando en sangre por todos sus poros, coronado de espinas, clavado en la cruz, con su costado abierto y sus llagas sangrantes, nos clama cruzado en el Abismo: «El que tenga sed que venga a mí y beba, y Yo le daré de balde del agua de la vida»⁸.

«El que come mi Carne y bebe mi Sangre habita en mí y Yo en él y Yo le resucitaré el último día»⁹.

Y así, «las águilas reales», con corazón candente y ojos de luminosa sabiduría, cruzan el Abismo; para, mediante la Redención del Cristo Grande de todos los tiempos, que se perpetúa en donación amorosa a los hombres en la Iglesia, ser llevadas por Él al triunfo definitivo de

⁸ Jn 7, 37; Ap 21, 6.

⁹ Jn 6, 56. 40.

los Bienaventurados; y con la entrada de Cristo en la Eternidad, introducimos a vivir, en disfrute dichosísimo, en el gozo infinito de la participación, en gloria, de la misma vida divina de la Trinidad.

Y en esta mañana, fiesta del Inmaculado Corazón de María, también durante el Santo Sacrificio del Altar, llena y exultante de gozo en el Espíritu Santo por el amor filial tan grande y desbordante que oprimo en mi espíritu hacia la Santísima Virgen, sentí que la Sapiencia divina, especialmente en el momento de la Consagración, imprimía en lo más profundo de mi espíritu algo muy dulce y saboreable sobre la Santísima Virgen, la Madre del Verbo Infinito Encarnado, el cual es la Divina Misericordia que se nos derrama a borbotones desde el Seno del Padre por su costado abierto a través de la Maternidad de María para la salvación en restauración de la humanidad caída.

Mi espíritu penetraba gozosamente que el derramamiento de la misericordia infinita sobre el hombre caído, fue anunciado y promulgado por Dios en el Paraíso terrenal; que se nos daría por medio de la Mujer, cuya descendencia aplastaría la cabeza de la serpiente: «Pongo perpetua enemistad entre ti y la Mujer, entre tu linaje y el suyo: Éste te aplastará la cabeza y tú le atacarás al calcañal»¹⁰.

¹⁰ Gén 3, 15.

Ya que por María, en María, por la voluntad del Padre, el amor del Espíritu Santo y la Encarnación del Verbo, el Unigénito de Dios se hizo Hombre y habitó entre nosotros, siendo el Primogénito de la descendencia de la Mujer.

Por lo que en el año 1959 mi alma exclamaba: «María es la que tiene la “culpa” de que todos los hombres se llenen de gracia y vivan de Dios, porque arrancando la Gracia que sale del Seno del Padre, que es el Verbo, robó al Padre la Fuente de la gracia –“de cuya plenitud todos hemos recibido”¹¹– y se la dio a los hombres».

Es María la Madre de Cristo, el Hijo de Dios Encarnado y su Hijo, la Madre de la Misericordia; por lo cual la proclaman bienaventurada todas las generaciones.

Siendo María la Puerta del Cielo, la Madre del amor hermoso.

Entonando mi alma, exultante de gozo en el Espíritu Santo, con la Santísima Virgen, su *Magnificat* de gloria:

«Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi Salvador..., su Nombre es Santo, y su misericordia de generación en generación llega a los que le aman...

¹¹ Jn 1, 16.

Acogió a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia, como lo había prometido a nuestros Padres en favor de Abraham y su descendencia por siempre»¹²;

dando gloria al Padre, gloria al Hijo y gloria al Espíritu Santo por el Unigénito de Dios hecho Hombre, el Hijo de María y el Primogénito de la humanidad, que es Dios, «porque sus misericordias son eternas»¹³ y no tienen fin.

¹² Lc 1, 46-55.

¹³ Sal 135.